

RAZÓN CONCILIADORA LEVANTAR EL VUELO AL ANOCHECER

Por LOURDES REDONDO
Doctora en Filosofía

I. TRES CITAS MEDITADAS

Hace años escuché a Ramiro esta cita de Hegel: «El ave de Minerva levanta el vuelo a la caída de la tarde». Me *dio qué pensar*, se me quedó grabada y, como Ramiro la hizo suya, así también la hice yo, por ello la cito con frecuencia en clase cuando hablo a mis alumnos de Bachillerato de la actitud filosófica, es decir, vital; de cómo la mayoría de las veces no comenzamos a preguntarnos por la verdad ni a amar, es decir, a vivir como hombres, sino por el dolor, el fracaso y la decepción, por la *noche*. Leyendo últimamente los escritos de Ramiro me ha llamado la atención el número de veces que la cita y me he sentido deudora de él por habérmela transmitido como supo hacerlo.

Junto a ésta, hay otra semilla sepultada en mi alma por nuestro querido amigo que también ha sido muy fecunda en mí y espero que en el inquietante campo de mis alumnos en que la siembro con frecuencia. Es ahora una cita de Heidegger: «Siempre es ya y siempre todavía». Siempre hay que estarse haciendo, «esenciándose».

Y la tercera cita, tercera semilla fecunda: Una poesía de Unamuno que copié a vuelapluma y he vuelto a meditar varias veces, haciéndola oración:

«Agranda la puerta, Padre,
porque no puedo pasar;
la hiciste para los niños,

yo he crecido a mi pesar.
Si no me agrandas la puerta,
achícame, por piedad».

Ahora, al recordar a Ramiro, me parece ver reflejada en estas citas su pensamiento y, quizá, su vida, con su temporalidad constitutiva, haciéndose y superándose entre luces y sombras, buscando la Verdad en su múltiple riqueza y unidad, identificada con la Belleza y el Amor, Dios. El camino que sigue y defiende es la razón discursiva, pero no la Razón de la Modernidad, que critica furibundamente por alicorta, cerrada, abstracta, calculadora, prendada de sí misma, sino una razón abierta a lo trascendente, una «razón desiderativa», poética y mística que abarque todo el ser e incluya el corazón, una «razón conciliadora».¹ Así, dejando la falsa madurez del «sabio» ilustrado, opta por la vuelta «al principio»,² para captar lo cual es preciso hacerse como un niño que mira a su Origen, su «Padre», de quien se sabe deudor. Por ello, por hacerse «niño», seguramente, habrá podido cruzar esa «puerta» de que hablaba Unamuno hacia el «YA» definitivo: la Verdad, el Amor y la Belleza.

Fue *hombre* Ramiro, es decir, *filósofo*, con lo que esto significaba para él de ideal místico, a lo Agustín y Juan de la Cruz, pues tanto el místico como el filósofo han de superar la dialéctica ascensional de la *caverna* a la luz del *sol*; nadie como ellos ve en la noche y es cegado por la luz, como la lechuga.³ Y éste es el pensamiento recurrente de este pensador, maestro y amigo que fue Ramiro: la dialéctica en la Historia: noche y luz, lucha y reposo, acción y pasión, temblor y gozo, razón y fe... «La exis-

¹ En uno de sus últimos escritos se identifica con el dios *Pan* por lo que tiene de integrador y dialéctico, divino y terreno, pasional y reflexivo. El dios *Pan*, dice, es «simbolización de la razón conciliadora que se densifica en mi figura» (*Monólogo del dios Pan*. Madrid, FUE, 2004, p. 58). La expresión me ha hecho pensar en Benedicto XVI y en su célebre «Discurso de Ratisbona». Habla, como se sabe, de que la fe debe conciliarse con el *Logos* e insiste en la necesidad de ampliar el concepto de Razón que la Modernidad, a partir de Kant ha estrechado al campo de lo experimental y matematizable, una Razón en la que el Corazón y la Fe tienen mucho que decir, como buen agustiniano que es Ratzinger y Benedicto XVI. La conciliación de *eros* y *ágape* que establece en la encíclica *Deus caritas est* está también en esta línea, acorde con la simplicidad de Dios, armonía de lo apolíneo y dionisiaco. Ramiro parece respirar en este sentido, como se aprecia en este mismo libro *Monólogo del dios Pan*.

² «La pregunta radical es ésta: “¿Qué era en el principio?”» Ib. 131, 132. Propugna la vuelta a «lo originario, informe y germinal», Ib. 107, frente al formalismo academicista.

³ «La luz, cuanto más clara es, más oscurece la pupila de la lechuga» (san Juan de la Cruz. *Noche*, II, 52. Texto que coloca Ramiro en la antesala de su libro sobre la razón mística *El hombre, mansión y palabra*. Madrid, FUE, 1997. P. 6. Se aprecia el paralelismo entre san Juan de la Cruz —las «profundas cavernas del sentido»— y la dialéctica platónica del *mito de la caverna*.

tencia —así lo experimentaba él, con san Agustín— es sólo un “*mientras*”. Vivimos en el entretanto (*interim*) del Misterio»,⁴ luchando siempre. La dialéctica se resolverá, «superando lo inhóspito» en el retorno a nuestro Origen, donde hallaremos el «reposo» en Dios, «nuestro hogar».⁵

Fue *filósofo*, y por ello, consciente de su imagen divina, de esa *sacralidad* con que está sellado todo lo existente, de esa *religación* a su Origen que no puede por menos de llamarle con fuerza, *eróticamente*, a retornar a Él. Por eso se identifica con el dios *Pan*, hijo de *Chronos* y *Gea*, «dios temporal», queriendo significar con el adjetivo «dios», con minúscula, la sacralidad de su existencia, que siempre consideró recibida;⁶ un dios que quiere abarcar, como su alma, la Verdad, en su totalidad y pluralidad diversa, en su identidad y diferencia —*Pan*—. El Amor —*filo*— es el acicate del «vuelo», actualizador y dialéctico —«*siempre ya y todavía*»—, no destructor sino integrador. El Amor es la «puerta», así lo decían unos versos anteriores de esta poesía de Unamuno a que aludía anteriormente: «¡Ay, qué estrecho es el sendero!, el Amor lo ensanchará. Al fondo está como puerta, puerta de la eternidad!».⁷

Filósofo, por eso supo levantar el vuelo en los anocheceres de su vida y ver en la noche que le rodeaba, sin dar por desvelado el misterio y la incógnita. No se cruzó de brazos con la postura cansina de un «ya» propio de la vejez o de la autosuficiencia apolínea. Su pensamiento es luchador y provocador. Y por ello había de ocuparse de luchadores y provocadores como Hegel, Unamuno, Heidegger, Nietzsche, Marcel, san Agustín, san Juan de la Cruz, etc. Como ellos, no soporta las teorías abstractas, los conceptos fijos en su identidad petrificada y «ya» hechos, ajenos a la historia y a la vida, a las «vivencias» y «acaeceres»; como estos pensadores, se crece ante las dificultades. Le gustan las «gestas» y «hazañas» de

⁴ Cf. SAN AGUSTÍN, *Ciudad de Dios*, XIX, 26. En RAMIRO FLÓREZ, *El hombre, mansión y palabra*. Madrid, FUE, 1997. p. 115.

⁵ *El hombre, mansión y palabra*. p.150.

⁶ Pero nada más lejos de Ramiro que creerse Dios, nada más criticado por él que la absolutización de lo relativo, el totalitarismo y el panteísmo. Bien lo dice por boca de *Pan*: «Soy un dios de creación humana, temporal y de tránsito. Jamás se me ha ocurrido sinceramente adentrarme en la Historia como un Dios absoluto. No formo parte de esa procesión de Absolutos que ha teorizado la historia en sus ridículas falacias sobre el saber. Rechazo por ello que mi nombre haya podido ser la raíz de expresiones formalizadas como Panteísmo o Panenteísmo. Por este costado la Historia es la destilación espumosa y delirante de prepotentes e infautados [...] *El Dios Pan se inventó para dar nombre a la sacralidad de la existencia*». *Monólogo del dios Pan*. o. cit., p. 129-132.

⁷ «La presencia de lo religioso en Unamuno», en *Unamuno* (Ensayo sobre la inspiración poética de Unamuno) Berlín, 1967. En *Flecos de teoría*. Madrid, FUE, 2006, p. 337.

los héroes, pero no el activismo hercúleo y «desorbitado», que critica furibundo por estar vacío de pensamiento, ni la autosuficiencia narcisista prendada de sí misma, que a él conduce. Ataca el totalitarismo tecnocrático, hegeliano, nietzscheano o ilustrado que desembocan en el nihilismo actual. Le gusta D. Quijote «cuya acción, por ser precedida de ideales, no es “desorbitada”». ⁸ Le gusta Orfeo ⁹ por lo mismo. En ambos, el fracaso hace más patente la fuerza y locura del Amor, y por ello estos héroes «levantan el vuelo», resucitan y son inmortales. Le gustan, pues, las *gestas* de los héroes —son éstas las que hacen la Historia, «*res gestae*», al decir de Hegel— que nunca son, si son verdaderos héroes, «desorbitadas» y ostentosas, sino las sencillas acciones de cada día llenas de sentido y de amor, de verdad, no de apariencia. No le gusta el *manierismo*. ¹⁰

Sus héroes tampoco son los trágicos, dirigidos por el destino, sino los que, con sus acciones hacen día a día su historia, como verdaderos protagonistas ¹¹ —«Cada uno es hijo de sus obras» (*El Quijote*, I, 4) ¹²—. El camino de ascenso que Ramiro defiende no es el camino hegeliano, determinado por la Razón, sino un camino de libertad, entre tanteos y tropezos. Y digo «defiende» porque efectivamente eso hace con denuedo ante la permanente amenaza del enemigo totalitario. «No está el mañana escrito», decía.

Efectivamente, frente al mito del Progreso de la Ilustración, ¹³ el camino de cada hombre y de la humanidad en su historia puede no ser ascensional; «en el anochecer» cabe no «levantar vuelo» y permanecer durmiendo diciendo «ya» cuando en realidad es un «todavía no»; o cabe incluso descender hacia un «ya» degradante. ¿Hegel y Nietzsche levantaron el vuelo? La Ilustración, la Modernidad y Postmodernidad, ¿han sido un levantar el vuelo? ¿Hay más luz o más noche?

⁸ En «Pensamiento moderno: El hombre desorbitado», en *Cuadernos de investigación histórica*, F.U.E. Seminario «Cisneros». Madrid, 2005, p. 103.

⁹ Cf. *Monólogo del dios Pan*, 26, 115, 127.

¹⁰ Cf. *Monólogo del dios Pan*. Comentario a las pinturas de Tibaldi de la biblioteca del Monasterio de El Escorial.

¹¹ Dice esta frase provocativa, criticando el sentido de la Historia de la Ilustración y el mito del eterno progreso: «La Historia no tiene sentido, sólo lo tienen las acciones de los hombres» «El hombre es el que da el sentido». Quiere resaltarla libertad del hombre. Cf. «La Ilustración y la comprensión de la Historia». En *Verdad y Vida*, nº 146, 1979. Recopilado en *Flecos de teoría*, p. 92, 93.

¹² Sobre El Quijote, ver el anterior trabajo en la misma página; sobre su opinión de Orfeo, Hércules y Apolo, ver *Monólogo del dios Pan*, o. cit., p. 78, 111 ss

¹³ Cf. *Ibid.*

El mismo Nietzsche no lo tiene muy claro: «¿No cae constantemente la noche, y cada vez más noche?» Pero quizá lo primero que hay que aclarar es qué se entiende por «noche» y «levantar el vuelo» y en ello me permito hacer una reflexión, con la cual no sé si estaría de acuerdo Ramiro.

II. EL «ANOCHECER» Y EL «LEVANTAR EL VUELO»

Hay una noche positiva y hay una noche negativa, una noche que gesta en sí la luz (la noche de la fe y de la purificación de los místicos), y una noche de vacío provocada por la libertad del hombre (la noche del mal); hay un «descender» que es «ascender» (el *exinanivit-exaltavit* mesiánico), y un «descender» tal cual (el del mal). Pero hay también un intermedio, la «noche» de las distintas épocas históricas, seguida de posteriores alumbramientos o nuevas épocas, «noche», ésta, que es un oscurecerse necesario de lo caduco —las «objetivaciones históricas» de que hablaba Hegel— para que emerjan aspectos nuevos de la verdad y ésta se «esencialice». Hay cierta analogía en todas estas «noches» y «amaneceres», «descensos» y «ascensos»; al fin, como decía san Agustín, todos los hombres quieren básicamente una misma cosa: ser felices, y esta felicidad, luz, por caminos tan distintos y hasta opuestos buscada, es el motor de la historia.

San Ignacio, en los Ejercicios Espirituales decía que la «desolación» (noche) puede ser «sin causa» y «con causa»; la primera es prueba que Dios envía al alma para que muestre más su amor en la pura fe. Su ejemplo más sorprendente es la desolación del mismo Jesucristo en Getsemaní y en la Cruz. Esta es «la hora», decía el mismo Jesucristo, de su «glorificación». Es la «noche», que Ramiro considera propia de un mundo «teologizado», noche que gesta en sí la luz. Las desolaciones «con causa» son las provocadas por la libertad del hombre al elegir el mal y preferirse a sí mismo antes que a Dios. Tras el primer momento de placer, cae en la amargura y el aburrimiento, lo que los padres clásicos llamaban «acedia» caracterizada por la tristeza, abulia, activismo, verborrea, crítica acerba o destructiva, resentimiento. Este estado es fruto de la frustración producida al constatar que la felicidad buscada no se encuentra en la autoglorificación del «Yo» y el abandono de Dios. Estos estados de noche —«de prueba» o provocadas—, se dan individual y socialmente, y en distintas etapas de la vida o épocas históricas. Actualmente estamos en una de

éstas últimas, la «noche», dice Ramiro con Heidegger, de un «mundo secularizado, sin fe y sin dioses, transido solo de historicidad, sin trascendencia».¹⁴

Hay, pues, una noche real y otra aparente, la real es la del mal, a menudo envuelto en apariencias luminosas de triunfo y aplauso; la aparente es la del sufrimiento y fracaso o incompreensión del bien, que esconde y hasta provoca un amor más profundo y desinteresado. Hay también una «luz» real y aparente. Quizá la oscura «Edad Media» contuviese una luz real y el «siglo de las luces», aparente. Quizá, como ocurre con las «Dos ciudades» de san Agustín, están tan mezcladas que nos es difícil distinguir las. Lo cierto es que la Historia es una lucha luz y tinieblas, un Noche-Día, caminando hacia el Domingo de Luz, siempre un «mientras».

Hegel decía, y lo nota Ramiro, que los anocheceres de la historia son «la astucia de la Razón» para, así, avanzar y superarse el Espíritu — ¿«desolaciones sin causa», pruebas de la Razón sin responsabilidad personal?—. Ramiro defiende la libertad y responsabilidad personal. Estos anocheceres, salvo los producidos por las circunstancias inevitables, han sido causados por el hombre en la medida en que libremente se olvida del Ser, al que está religado y libremente se ciega y ciega a otros.

En cualquier caso, sea el hombre o no culpable del mal y de la noche, ¿«el ave de Minerva levantará el vuelo»? Un creyente, como lo era Ramiro, cree en el triunfo de la Luz y de la Resurrección, pero no por el determinismo de la «astucia de la Razón», sino por el Amor, libre, de Dios, que el Viernes Santo venció al Mal y que posibilita al hombre, a su vez, para vencerle día a día. El Mal no es una realidad absoluta ni positiva y este descubrimiento fue precisamente una gran iluminación para san Agustín que le hizo levantar el vuelo en su profunda e inquieta noche.¹⁵ Es verdad que Hegel y la tradición cristiana insisten en que «Dios escribe derecho con renglones torcidos», es decir, que si Dios permite el mal es para sacar bienes mayores,¹⁶ pero Dios en la tradición cristiana actúa con libertad, dirigida por la verdad y el amor, que son su mismo Ser. Por ello, a lo largo de la historia, aprendiendo de los fracasos, que tienen al hombre por único responsable, se han iluminando nuevos aspectos de la verdad hasta entonces ocultos y han florecido virtudes ignoradas, han surgi-

¹⁴ *El hombre, mansión y palabra*. o. cit, p. 156.

¹⁵ *Presencia de la verdad*, p. 20-29

¹⁶ Por ejemplo, Juan Pablo II, en *Memoria e identidad*.

do héroes y santos, etc. La gran cuestión es, pues, determinismo o libertad, así como aclarar qué se entiende por Noche y de Día, en el fondo, por Dios: o el Estado Absoluto y la Razón intramundana o la Voluntad de Poder por un parte (Ciudad del Mundo) o la Verdad y el Amor de un ser personal y trascendente (Ciudad de Dios).

Si esto último, allí donde haya verdad y amor habrá Dios, Luz y Subida, reales, aunque no sean, de momento, aparentes. Por ello, la noche del místico, la del Viernes santo es «clara como el día» (Pregón Pascual). Por eso san Juan de la Cruz puede hablar de la «noche amable más que el alborada», «la noche oscura que todos los amores pone en razón»; la «oscura noticia» y «abismo», la «interior bodega», el «más adentro en la espesura», las «profundas cavernas del sentido», la «eterna fonte escondida», el «seno donde secretamente moras» (san Juan de la Cruz) y san Agustín del «abismo», el «Dios más interior que mis intimidades y más superior que lo más elevado de mí mismo», *el «descendite ut ascendatis»* (Conf., IV, 12, 18 y 19) el «Profundizad y ahondad para subir, para subir a Dios».¹⁷

Es la noche teológica, via purificativa, noche de las criaturas —«las nadas» de san Juan de la Cruz—, medio imprescindible para la iluminación y éxtasis de amor. Esta noche de los místicos, llena de Dios, es penetrante visión —si bien todavía cegada por la penetrante luz— y «subida», inquietante y dolorosa, pero esperanzada, y que terminará en el «Reposo» de Dios: «Quedéme y olvidéme // el rostro recliné sobre el Amado. // Cesó todo y dejéme // dejando mi cuidado // entre las azucenas olvidado» (San Juan de la Cruz). «Superando lo inhóspito se descubre, por fin, que Dios es nuestro hogar» dice Ramiro.¹⁸

Pero si el dios, la «luz» y la «subida» es la Razón intramundana, entonces caemos en la noche real, la del nihilismo, la de la «Muerte de Dios» a la que aboca Hegel, en vez de «levantar el vuelo». Es verdad que su «morir de Dios» y su «Viernes Santo especulativo» no significaban lo que enseguida querrá decir Nietzsche, pero éste no hace más que sacar las consecuencias de aquél, y así afirmará él mismo: «¿No somos todos nosotros los asesinos de Dios?» «¿Qué hicimos al desatar esta tierra de su Sol?» «¿No cae constantemente la noche, cada vez más noche?».¹⁹ Efec-

¹⁷ *El hombre, mansión y palabra*. o. cit, p. 32

¹⁸ *Ibid.* 150

¹⁹ En RAMIRO FLÓREZ: *El hombre, mansión y palabra*, 156.

tivamente Hegel sepultó a Dios en la intramundaneidad y de ese sepulcro no resucitará glorioso, sino que descenderá al infierno nihilista de la «muerte de Dios» nietzscheana, que será la muerte del hombre. Así lo ve y denuncia Ramiro con insistencia.²⁰

La Modernidad no ha sabido «ver» en la noche y superar las estrecheces del escolasticismo. Se cegó en una Razón absoluta y limitada y engendró su misma muerte, la Postmodernidad, «tierra de nadie»,²¹ dice Ramiro, sin verdad, sin ideales que animen a «levantar el vuelo». Quiso ser autónoma, desligada de su Principio, quiso ser un dios absoluto, e inventó el «programar para dominar» y el dios Estado hegeliano, fuente de totalitarismos.²² Hoy, siente Ramiro, vivimos la consecuencia: la «hora crepuscular de la Modernidad», el dominio de la técnica, cuando todavía hay quien cree en «el señorío del hombre sobre la naturaleza mientras el desierto crece».²³

La historia ha pasado por noches semejantes. En *Monólogo del dios Pan* (2004) Ramiro nos trae a la memoria a Plutarco, uno de esos hombres, según él, de mirada penetrante de lechuza, místico que ve y lucha por levantar el vuelo, quien, en su libro *Sobre la desaparición de los oráculos*, nos narra la muerte del dios Pan, símbolo de la «muerte de Dios» en una sociedad deshumanizada, como la actual; símbolo de la muerte de esa misma sociedad, una sociedad:

«desmoronándose, corroyéndose de gangrena interna, del veneno más corrosivo que es la fastuosidad y la mentira. Las fuentes de la cultura clásica estaban cegadas. Se creía lo mismo en los dioses autóctonos que en los importados. El sincretismo mental era una falsedad. La tolerancia ante toda clase de creencias era otra. En realidad se aparentaba creer en todos los dioses, porque no se creía en ninguno. Los únicos grupos de sinceridad radical y honda eran los místicos. El mundo era viejo y la cultura, exhausta. En esa situación alguien tenía que proclamar la verdad de ese mundo. Y la verdad única de ese mundo era la muerte. Plutarco asumirá ese papel de anunciar la evidencia. La muerte del mundo se proclamará mediante el grito de mi muerte, la muerte del dios Pan. Plutarco [...] como filósofo podía describir y apuntar la gran noche que se avecinaba [...] La lechuza es el pájaro sagrado que ve en la

²⁰ Por ejemplo, en uno de sus últimos escritos: Introducción a *Flecos de teoría*. 2006, p. 12. «El hombre desorbitado», etc.

²¹ Ib.

²² «El hombre desorbitado», en *Cuadernos de Investigación Histórica*, o. cit, 113.

²³ Introducción a *Flecos de teoría*, p.12.

noche del futuro [...] El creía en la transmisión de la *obscura noticia* de lo sagrado que se operaba en los momentos extáticos en que los iniciados y puros se dejaban poseer por la palabra...»

Ramiro recoge a continuación el fragmento del libro de Plutarco en que un piloto de una nave fue llamado a gritos desde una isla mandándole que proclamase bien alto que el Gran Pan ha muerto, lo cual hizo, efectivamente. Y dice Plutarco:

«Aún él no había acabado y se produjo un gran gemido, no de una persona, sino de muchas, mezclado con gritos de sorpresa».

Pero, continúa Ramiro hablando por boca de Pan:

«¡Infelices mortales! No se os puede dejar sin dioses, no sabéis vivir solos. Y sin embargo os ufanáis como pavos reales en celo, presumiendo de vuestra valentía y vuestro coraje. Aparentáis que os importan un bledo los dioses. Sois mentirosos, vanidosos, fanfarrones, baladroneros, bravucones, intrépidos, osados, farrucos, perdonavidas... Sois, sencillamente, *hipócritas*. Y por otro lado sois como niños. Cuando os desaparece el juguete de muñeca o de peluche os echáis a llorar a moco tendido [...].

Plutarco ... tuvo la intuición de que mi muerte era el sentido de la muerte de todo el mundo, de toda la época clásica y helenística. El más recóndito seno de su mente fue iluminado en un lampo de visión por el rayo de la tiniebla de todos los místicos. Y vio la asombrosa realidad del tiempo: *los dioses no mueren, se transforman*. Las épocas más determinantes de la historia vienen marcadas por la metamorfosis de los dioses».²⁴

He creído importante recoger esta amplia cita de uno de los últimos libros de nuestro autor, porque nos describe la situación actual y de toda la historia de la humanidad, en noche-día, quitando y poniendo *dioses*, en lucha de las «Dos Ciudades», la «de Dios», que le toma a Él por Principio y la «del Hombre», en la que éste, quitando a Dios, se pone a él como Principio (San Agustín, *Ciudad de Dios*, XIV, 13,1).²⁵

La historia efectivamente, como dice Hegel, va destapando aspectos nuevos de la verdad, al morir y caer en la noche otros, cosa imprescindible en la temporalidad. El hijo del Tiempo que es Pan, claro que tiene

²⁴ *Monologo del dios Pan*, o. cit, p. 66-74.

²⁵ *El hombre, mansión y palabra*, p. 114

que morir, y eso no es una tragedia, como termina reconociendo él mismo por boca de Ramiro; el Tiempo seguirá engendrando nuevos dioses temporales. No importa, incluso es necesario, despojarse de ellos, abiertos siempre «al resplandor de cada nueva alborada» (P. Morales), siendo creativos. Creo que esta actitud refleja bien lo que era un ideal de este filósofo y pensador que fue Ramiro, crítico de los formalismos cerrados y de las identidades fijas, amigo de Heráclito más que de Parménides, pero crítico del relativismo y amante y obediente a la verdad y al despojamiento y sacrificio que ésta requiere, necesario para volar.

Por ello compara a san Juan de la Cruz y a Heidegger, y en el acercamiento a ambos, junto con san Agustín, gastó sus últimos años, sin dejar de luchar, pero buscando el «reposo». Y, aunque muy diferentes sus «noches», ambos nos sitúan en el umbral en que la noche se puede convertir en alborada, «en par de los levantes de la aurora», ambos buscan una salida a las «Nadas» o al Nihilismo, «apelando al sosiego»,²⁶ de la fe y Visión, en san Juan de la Cruz, del pensar en Heidegger. Culpable o no la Noche, es preciso buscar salida.

La Filosofía es este «buscar salida» para Ramiro, para la tradición filosófica y el mismo Hegel. «Toda filosofía nace siempre en los momentos de ruptura [...] al emerger del mundo viejo y caduco el alumbramiento de otro mundo nuevo».²⁷ Creo que Ramiro asume esta frase de Hegel y por ello insiste en presentarnos la génesis y la trayectoria de la filosofía de los distintos pensadores como una muestra de este «emerger» de la oscuridad de su propia vida y del momento histórico. Define la Historia como «la temporalización de la problematicidad». La decepción y el fracaso se hacen problema, el problema se hace pregunta, y la pregunta busca la respuesta. De la respuesta surge una nueva época, nuevo estilo artístico, nueva política o nueva filosofía. Así se avanza, en la dialéctica del negarse y del asumirse. ¿Por qué no emplear la palabra *diálogo* —*dialogos*—?

Ramiro se complace en presentarnos esta dialéctica en los grandes filósofos que estudia, en cómo empezaron a filosofar por la decepción y la noche Hegel, san Agustín, Unamuno, Heidegger... y en los grandes místicos como san Juan de la Cruz. En el «asombro», punto de partida del pensar, hay siempre un problema.

²⁶ Ibid., p.156

²⁷ «Los filósofos y la Historia de la Filosofía», en *Flecos de teoría*, o. cit, p. 374.

«El filósofo –dice Ramiro- está en el mundo que decae y mengua, angosto y agobiante, y se esfuerza por escrutar los signos y caminos del futuro que se hunde en la noche. Por eso toda auténtica filosofía se alza sobre la indecisa luz del crepúsculo, como el búho de Minerva alza su vuelo a la caída de la tarde».²⁸

Siempre ha de estar sufriendo rupturas o dolores de parto, emergiendo de la noche. Es misterio de muerte y vida, como el misterio de Cristo. La Filosofía, como decía Hegel, es un «Viernes Santo especulativo».²⁹

¿Es, entonces, sí o no, un «levantar el vuelo», un alumbrar, cada filosofía, también la de Hegel y Nietzsche, la de la Ilustración, el racionalismo y aun las furibundamente atacadas por Ramiro? Creo que él diría que sí y no, al menos en el mismo sentido en que, como dice el mismo Juan Pablo II en *Memoria e identidad*, el mal se permite sólo para sacar de él bienes mayores. Aunque nos lleven a etapas de noche y descenso del pensamiento y la libertad, siempre nos alumbran un costado de la verdad, siempre al menos dan paso a la humildad si reconocemos nuestra nada, y esto es el trampolín que permite el gran salto del héroe y el místico y el santo. De los males históricos Dios es capaz de sacar mayores bienes, al menos el escarmiento y una mayor comprensión de nosotros mismos. Pero sólo si ocurre esto, si sacamos lecciones, si somos humildes, si terminamos superándonos, como pretendía Hegel y no nos quedamos, como se quedó él y Nietzsche y tantos falsos héroes prendados de sí mismos y meros «aprendices de brujo».

Por ello siempre hay que luchar, o *dia-logar* para que no ocurra la Muerte de Dios, aunque sea verdad que tras el Viernes santo se producirá el amanecer. Es la tarea que tenemos y nuestra responsabilidad. Dios y su Providencia cuenta con nosotros en el hacer de la Historia.

III. EL «PENSAMIENTO EDUCATIVO» COMO MEDIO DE LEVANTAR EL VUELO EN ESTE ANOCHECER

Ramiro eligió y se responsabilizó con la ascensión, no sólo con la suya propia, sino con ayudar a «levantar el vuelo» a la humanidad. Lo hizo con el pensamiento y la palabra, en su oscura tarea cotidiana, enseñando, escribiendo, hablando, siendo lo que es el «filósofo» para Hegel, un

²⁸ «Hegel y la dialéctica». en *Flecos de teoría*, o. cit., p. 44.

²⁹ «Pensamiento moderno: El hombre desorbitado», o.cit., p. 110.

«heraldo de la verdad».³⁰ Impresiona la fuerza de sus palabras en el atardecer de su vida defendiendo la libertad de pensamiento del hombre frente al nihilismo postmoderno al que ha abocado la Modernidad:

«Por muy ardua, desatendida y humilde que sea su tarea, el pensamiento no debe resignarse a callar [...] No puede dejarse atrapar en el círculo acerado de los *saberes sometidos*. Como el búho de Minerva de Hegel, debe alzar el vuelo a la caída de la tarde, al cierre de esta noche de dioses huidos, de la humanidad disminuida y atacada por la planificación calculadora de lo que inventa el poder para poder seguir aupándose a sí mismo. La programación de esta clase de totalitarismo planetario puede resquebrajarse ante la “fuerza originaria” que todavía habita en el hombre como guardián del ser. Y que, como tal, también el ser necesita del hombre para resguardar y hacer emerger, en el momento necesario y oportuno su revelabilidad (Cf. Heidegger). Nace de ahí una responsabilidad, para el poder y para el saber, que nunca se podrá saldar ni con el encogimiento de hombros ni con el silencio»³¹

Ramiro no se encogió de hombros ni se calló, asumió la responsabilidad de levantar el vuelo de esa «humanidad disminuida» y ello humildemente, a través de la educación. Por ello entiende que la Razón debe ser «Razón educativa», y, como decía García Morente, cuya memoria también se esforzó en reivindicar, «el filósofo ha de expresarse en pedagogo», a lo Sócrates y Platón. Ramiro fue profesor, director de una Escuela Universitaria de Profesorado y miembro del Patronato de la Fundación Universitaria Española. Unos meses antes de morir escribe sobre el «pensamiento educativo». Quizá la última palabra de Ramiro, o su última *acción* o *gesta* sea ésta, la que más llevaba en su alma, cómo levantar a la humanidad en este anochecer. Contesta con Heidegger: «enseñando a pensar», es decir, «dejando aprender». «Aprestémonos», dice, a la tarea de dar «un nuevo sentido de irradiación humanizadora» al giro de la Historia.³² He ahí al héroe dispuesto a hacer un esfuerzo hercúleo ya en el

³⁰ Cf. «Los filósofos y la Historia de la Filosofía en Hegel», en *Miscelanea conmemorativa*. Facultad de F. y L. de la UAM, Dpto. de Historia de la Filosofía y de la Ciencia, Madrid, 1982. Recopilado en *Flecos de teoría*, o.c.

³¹ «Marginales sobre historia, poder y saber», en *Cuadernos de Investigación histórica*, F.U.E. 20. 2003.

³² «El pensamiento educativo en el contexto de la Globalización», 2005, uno de sus últimos escritos. En *Cuadernos de Pensamiento*, 17. Madrid, FUE, 2006. Recopilado en *Flecos de Teoría*. O.C. Termina diciendo: “Desde el inicio de la comba que mostraba a ausencia de pensamiento hemos llegado al final constatando la necesidad de enseñar a pensar. Es este el tramo que hay que recorrer, para que el *inmenso giro de la Historia* que implica y realiza el proceso de la Globaliza-

ocaso de su vida para hacer que la Historia que declina dé un *giro* ascensional.

Ciertamente Ramiro, fiel a este «pensamiento educativo» heideggeriano, «daba qué pensar». Me lo dio a mi en aquellas tres citas re-citadas (muchas veces repetidas) no de memoria, sino meditadas — «pensamiento meditativo» frente al «pensamiento calculador»³³ — y, por ello, imborrables y fecundas. Me «dejó aprender». Quizá, efectivamente, éste sea el modo de levantar el vuelo en este anochecer.

Como hombre y filósofo sano, *religado*, con semilla de lo divino sembrada en su origen, «presencia de la verdad» y «oscura noticia»,³⁴ estaba inquieto por darla a luz, en sí y en los demás. Fue un buscador como san Agustín. El permanente tránsito «todavía no... ya» le espoleaba, pero como hijo del Tiempo y de la Tierra —dios Pan—, se cansaba y por ello anhelaba el Reposo y la Luz —«Quedéme y olvideme... cesó todo y déjeme, dejando mi cuidado entre los dulces brazos del Amado»—. Seguramente, porque en la noche del dolor y la enfermedad es más fácil hacerse «niños», Dios le habrá abierto esa «puerta de la eternidad» y los habrá encontrado *ya*, «en Él», en cuyo «seno» se habrá zambullido como un «niño».³⁵ En sus escritos nos sigue «enseñando a pensar», «dando qué pensar».

ción, adquiera un *nuevo sentido de irradiación humanizadora, aprestándonos todos a que sea eficaz, mediante el brotar e instituir la acción de un nuevo pensamiento*” (p. 470).

³³ Ibid., p. 454.

³⁴ Cf. «Contenido y objetivación de la experiencia religiosa». Sesión inaugural del Simposio de la *Religiosidad popular de España*. En *Flecos de teoría*, o. cit., 213. *El hombre, mansión y palabra*. Madrid, FUE. 1997.

³⁵ Unamuno: «Déjame que en tu seno me zambulla // donde no hay tempestades; como esponja // habrá en Ti de empaparse mi alma, monja // que en el cuerpo, su celda, se encapulla». En «La presencia de lo religioso en Unamuno», o. cit., p. 335.